

no me harán variar ni en un ápice del camino que me he trazado para alcanzar la felicidad de tu hijo; además, soy su tutor y tengo la precisa obligación de cuidar de su porvenir.

—Pero es con perjuicio de su conciencia.....

—¿De su conciencia? Y ¿qué conciencia puede tener de lo que está pasando ese niño? La mía será la que responda de eso, y yo estoy muy tranquilo respecto á conciencia: ojalá que así lo estuviera por lo que toca á Don Enrique!

—¿Es decir que no estás seguro de su muerte?

—Seguro..... no mucho..... Esta dama que he traído me dice que vive y que está en México.

—¡Vive! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡gracias!—exclamó con una verdadera alegría Doña Guadalupe.

—¿Cómo es eso?—dijo Don Justo;—¿te alegras de que ese hombre viva, cuando de un momento á otro puede presentarse y arrebatarte á tu hijo su fortuna y su porvenir?

—Justo, el porvenir y la fortuna de mi hijo están seguros con lo que el conde nos señaló á mí y á él, sin necesidad de usurpar á nadie lo suyo: no, me alegro, me alegro de que Don Enrique viva, porque mi corazón no podía soportar la idea de que mi pobre hijo cargara, aunque inocente, con la sangre de su hermano. Ese título, esas riquezas estaban manchadas con la sangre de Don Enrique, y mi hijo hubiera sido muy desgraciado con poseerlas: Dios no quiere á los que por medios reprobados se hacen poderosos.

—¿Y si Don Enrique se presentara, tú serías capaz de entregarle todo, todo, con perjuicio de tu propio hijo?

—Sí, Justo, sí; y no sería un perjuicio, sino un honor y una buena acción, que Dios premiaría á mi hijo.

XVIII.

Hermano y hermana.

—Justo—decía Doña Guadalupe—yo no aprobé jamás esos planes que tú formaste para deshacerte de Don Enrique.

—Yo pensaba en tu hijo, que es mi sobrino; esas riquezas y ese título tuyas son.

—¡Oh! no hay que engañarse, Justo, no son tuyas; es una usurpación la que vamos á hacer, y Dios nos lo tomará en cuenta.

—Eres demasiado escrupulosa para ser madre.....

—No, por el contrario, esos escrúpulos, como tú los llamas, son precisamente los que debo tener; soy madre, hermano mio, pero soy cristiana; amo á mi hijo, pero le amo demasiado para querer que enriquezca á costa de un crimen; las riquezas mal adquiridas son una maldición para el que las posee.....

—Todas esas son razones de predicador, Guadalupe, que

—Vamos, Guadalupe, estás loca, loca de atar: ¿conque tú serías capaz de todo eso?

—Sí, una y mil veces.

—Afortunadamente yo vivo y estoy aquí para impedirlo, y lo impediré mal que te pese; ¿lo oyes? yo soy el tutor de ese niño, y no he de permitir que con tus escrúpulos le hagas perder esa herencia, que es suya porque es de su padre y porque se la ha sabido ganar.

—¡Justo, por Dios!

—No, Guadalupe, te prevengo que me dejes obrar; Don Enrique se presentará, estoy seguro; pero te prevengo otra vez que no me interrumpas en mis operaciones: Don Enrique se presentará; pero ¡pobre de él! yo le confundiré y huirá avergonzado, ó sucumbirá.

—Pero esa es una accion infame; es el hermano de mi hijo.

—Bien; dejemos eso para otro dia, que se hace tarde, y voy á traer á Julia y á su familia para la ceremonia. Ya veremos. Adios: te recomiendo á la dama.....

Don Justo se levantó sin esperar respuesta y salió de la estancia.

Doña Guadalupe inclinó la cabeza y quedó pensativa un largo rato; por fin, levantándose tambien de su asiento, exclamó con resolucion:

—¡No, una y mil veces! mi hijo no es pobre; pero aunque lo fuera, no quiero para él riqueza ni títulos adquiridos por medio de la infamia: no, yo hablaré á esa dama que ha traído mi hermano..... y veremos.....

.....

La señora Magdalena, que no habia podido volver á reconciliar el sueño despues que oyó llamar al zaguan; se le-

vantó muy temprano y se dirigió á la habitacion de Julia.

La jóven estaba aún despierta y vestida; rezaba, lloraba y meditaba.

¿Seria ese jóven de quien le habia hablado Paulita, el mismo Antonio Braze-de-acero? Si era él, ¿cómo iba Julia á casarse con Don Justo? si no era, ¿qué razon habia para negarse á esa boda, cuando tal vez el cazador la habia olvidado para siempre? En este caso, iba á sacrificar el reposo de la señora Magdalena á una quimera.

Estos pensamientos luchaban en el cerebro de Julia y destrozaban su corazon; aquella incertidumbre era peor para ella que la mas terrible realidad.

Rezaba pidiendo á Dios que la iluminara, que le diera la resolucion que habia perdido en su última conversacion con Paulita.

De repente oyó llamar á su puerta; era la señora Magdalena: habia llegado para Julia la suprema hora.

—Hija mia, ¿no te has acostado?—dijo la señora Magdalena.

—No, madre mia—contestó Julia.

—¿Pues qué hacias?

—Pedir á Dios valor y resolucion.

—¡Julia!

—No hagais caso de lo que digo, madre mia.....

—Bien; vamos á que te vistas, porque Don Justo no debe tardar.

Julia no contestó; la señora Magdalena llamó á las camaristas, y comenózse la operacion de vestir á Julia su traje de boda.

Habian pasado para la jóven tantas cosas durante aquella noche, que ella sentia que comenzaba á extraviarse su razon y á confundirse sus ideas.

Habia comenzado la noche y ella estaba tranquila en su casa y resignada en su sacrificio, considerando como imposible volver á ver á Brazo-de-acero. Despues, sin saber cómo, se encontró en una casa extraña en poder de Paulita, y aquella Paulita no era la jóven dulce y caritativa que conocia; era una especie de fiera que queria matarla, y entonces otro mundo se abria ante sus ojos, y Brazo-de-acero tomaba el nombre de Don Enrique, y se le anunciaba por medio de Paulita, que aparecia como su rival.

Repentinamente la generosidad brotaba en el corazon de aquella mujer del pueblo, que la volvia á traer á su casa, y como si todo no hubiera sido mas de un sueño, entraba en su aposento sin que su misma madre hubiera percibido su ausencia, y rayaba apenas la aurora cuando ya la vestian el traje de boda.

Todo aquello era para trastornar el cerebro mejor organizado, y Julia se encontró ricamente ataviada, casi sin comprender lo que le pasaba. Instintivamente obedecia y dejaba que hiciesen con ella cuanto mejor les pareciese.

Llegó Don Justo, y la señora Magdalena le esperaba ya, tambien vestida con su traje de ceremonia, y Pedro Juan de Borica, lujosamente puesto, no se hizo esperar mucho tiempo.

El ex-desollador estaba pálido y tenia los ojos inyectados. Llegó con desconfianza; pero cuando vió la sonrisa amable de su mujer, conoció que Julia habia guardado el secreto y se animó.

Los cuatro montaron en una carroza que los condujo á la casa de Doña Guadalupe.

La condesa salió á recibirlas y las hizo entrar á uno de los salones mientras llegaba el sacerdote que debia dar la bendicion á los novios en el oratorio de su misma casa.

Doña Ana se habia retirado al interior de la casa, para no ser vista y poder hablar libremente con su madre.

Doña Ana le contó cuanto le habia pasado.

—¿Conque quiere decir, hija mia, que has sido tú el juguete de Don Enrique y del Indiano?

—¿Qué queriais que hiciese, madre mia?—contestó Doña Ana;—sin amparo, sin apoyo de ninguna clase, me he visto despreciada de Don Enrique, primero, y despues de Don Diego: muerto Don Cristóbal de Estrada, me encontré sola, sola sobre el mundo, y en un país remoto; Don Diego me ofreció su proteccion, que no vacilé en aceptar, y él fué para mí tan generoso que llegué á amarle: si no me hubiera ofrecido su mano, si no me hubiera hecho consentir en llamarle mi esposo, quizá el golpe no hubiera sido para mí tan terrible; pero el mismo dia en que debiamos partir, ese mismo dia, señora, mi mala suerte, y mejor dicho, ese Don Enrique que ha sido la causa de todas mis desgracias, trajeron á México á Doña Marina, la mujer del Indiano, y todos mis planes vinieron por tierra. Quise vengarme y denuncié á Don Enrique con el virey; pero yo no sé cómo Don Diego lo supo, y he perdido ahora hasta su amistad.

—¿Y qué piensas hacer?

—Vengarme—contestó con una voz ronca Doña Ana—vengarme, perseguir á Don Enrique hasta obligarlo á pedir mi perdon y á unirse conmigo.

—Me parece imposible.

—Ya lo vereis; tengo armas terribles contra él.

—Dios te ilumine y te saque con bien.

—Me siento fuerte, madre mia, y no desmayaré.

En este momento entró la condesa.

—¿Vosotras no asistís á la ceremonia?—preguntó.

—Quisiera permanecer oculta—dijo Doña Ana—y quizá haya entre los concurrentes á quien que me conozca.

—Si quereis, os podré colocar en la sacristía, de manera que podais ver todo sin ser vista por nadie; conoceréis á la novia, que es hermosa y viene ricamente vestida y con mucho gusto: ¿os parece bien?

—Sí, señora condesa; ¿ya es la hora?

—Todavía no; el padre está citado para las nueve y son apenas las ocho; yo tendré cuidado de daros aviso: entretanto, dispensadme si no os acompaño, porque tengo que complimentar á muchas personas.

—Señora condesa, sentiria yo causaros la menor molestia.

—Y supongo que ya que habeis tenido la dicha de encontrar á vuestra madre despues de tantos años de ausencia, tendreis muchas cosas que deciros.

—Muchas, señora condesa.

—Entonces os dejo en libertad.

—Como gustéis.

La condesa volvió á salir y Doña Ana quedó sola con su madre.

Entretanto, Julia era el objeto de todas las miradas y de todas las conversaciones.

Poco á poco la gran sala habia ido llenándose de convidados, que deseaban conocer á la novia; damas y caballeros de la nobleza principal de México, á quienes habia invitado la condesa para presenciar el matrimonio de su hermano.

XIX.

La boda.

Don Enrique y Don Diego llegaron á la casa de la condesa de Torre-Leal y comenzaron á rondar por allí, no sabiendo si entrar resueltamente ó valerse de algun ardid.

De repente, Don Enrique alcanzó á distinguir entre el grupo de lacayos que habia en la puerta, uno de los antiguos servidores de su casa, llamado Pablo.

—Me ocurre una idea—dijo á Don Diego.

—¿Cuál es?

—¿Mirais á aquel viejo que está cerca de la puerta?

—Sí le veo.

—Pues bien, ese es uno de los viejos criados de mi padre; puedo deciros que me ha criado: llamadle, fácilmente me reconocerá, y podrá valernos de mucho.

—¿Fiais en él?

—Sí; mas para proceder con cautela, bueno será explo-